

El Partido Comunista y la "Unidad Nacional"

La hora actual venezolana se caracteriza por un esfuerzo de unidad. Sin embargo ese empeño unitario en más de una ocasión parece querer dejar de lado al Partido Comunista, sin atreverse a orillararlo decididamente. A más de un desprevenido, incluso le parece que la Iglesia se encuentra unida a los Comunistas y tal contubernio se les ocurre escandaloso. Mientras tal confusionismo perdura, el comunismo avanza, haciendo ver a muchos la compatibilidad de que los católicos pertenezcan al partido comunista.

Tal confusionismo es de graves consecuencias. No podemos menos de declarar sin ambages lo que ya hace mucho tiempo era definida posición católica.

La irreligión del comunismo:

Si el comunismo no fuese más que un sistema económico, podría concebirse a pesar de las formidables razones en su contra, un comunismo cristiano. Pero el comunismo es una filosofía de la vida fundada sobre un rechazo sistemáticamente coherente y reflexivamente absoluto de la trascendencia de Dios.

El comunismo actual, marxista y bolchevique está irreformable y lógicamente atado al ateísmo. Es anticatólico, anticristiano y antirreligioso en su misma esencia. La irreligión del comunismo es más medular que la concesión teórica de libertad de cultos del artículo 124 de la Constitución soviética. La concesión de tal libertad de cultos queda sin valor con el otorgamiento contradictorio de igual libertad para la "propaganda antirreligiosa"; pero resulta ridícula cuando la enseñanza de la religión en las escuelas públicas y aun privadas o la simple exposición en público de una imagen religiosa merece "un año de trabajo de correccional" (Código penal soviético, art. 122 y 126).

Dada la posición doctrinal del comunismo no basta para absolverlo una precaria cesación en la campaña anti-

rreligiosa en Rusia o una cuestionable libertad religiosa en Polonia. La irreligión y ateísmo del comunismo es más sustancial que las persecuciones de Hungría, Polonia, Rusia o China, por más espantables que parezcan.

Las persecuciones o la represión son fruto de la entraña misma de su doctrina. Es en esa misma entraña emponzoñada donde hay que encontrar la fuente de incorregible maldad del comunismo. Mientras el comunismo no corrija su doctrina, lo que equivale a dejar de serlo, Dios y Cristo les serán enemigos.

Son los mismos filósofos del comunismo marxista, insospechables intérpretes de su doctrina, quienes mejor nos pueden hacer ver la irreligión básica o medular del comunismo.

Marx escribió: "La religión es el suspiro de la criatura oprimida, es el alma de un mundo sin corazón, es el conocimiento de una cultura que nos ha sido arrebatada, es el opio del pueblo".

Lenín al desarrollar el pensamiento de su maestro explica: "La religión es el opio del pueblo. Este dicho de Marx constituye la piedra angular de la filosofía marxista con respecto al problema religioso" y en otra parte: "El marxista debe ser materialista, es decir un enemigo de la religión, pero un materialista dialéctico, que conduzca la lucha contra la religión, no de una manera abstracta y teórica, no sobre la base puramente especulativa de una utopía abstracta, sino concretamente por medio de la lucha de clases que es la mejor educadora conocida".

Stalin en su libro los "Problemas del Leninismo" afirma enfáticamente: "El Partido no puede ser neutral en materia de religión y desarrolla una campaña antirreligiosa contra todos y cada uno de los prejuicios religiosos porque aquel se apoya en la ciencia, mientras que los prejuicios religiosos van en contra de la ciencia, porque todas las religiones tienen algo de contrario a la ciencia". Así pensaba el sabio Stalin...!!

La actitud del gobierno comunista es siempre la misma. Krouchtchev la resumía en 1955: "Permanecemos ateos como siempre lo hemos sido; hacemos todo por liberar esa porción del pueblo que está todavía bajo la religión. Pero lo hacemos colocándonos exclusivamen-

te sobre un terreno cultural". Los militantes del partido tienen, pues, la orden de luchar contra la religión aplicando a sus errores el mismo método racional que se pide a los hombres de ciencia contra los errores científicos.

Aun una moral respetuosa de la dignidad humana está fuera del ámbito de los principios comunistas "Decimos que nuestra moralidad está totalmente subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado; declaró Lenin, y añadía "Nosotros deducimos nuestra moralidad de los hechos y necesidades de la lucha de clase proletaria".

Vyshinsky extendía esos postulados de Lenin sobre la moralidad "a todos los estratos cada vez más amplios de nuestra sociedad. Las acciones, la entera conducta del ciudadano soviético honorable en su vida social y personal, está dictada por los intereses de nuestra revolución socialista, a los intereses del pueblo y la empresa del triunfo final del comunismo. Por esta razón el odio implacable para los enemigos de la revolución es uno de los más importantes principios de la moralidad comunista".

El comunismo está condenado bajo excomunión.

La condenación del comunismo por la infalible voz de la Iglesia no podía en consecuencia menos de esperarse. El Papa, centinela alerta de los caminos de la historia de la Humanidad, dos años antes de que Marx y Engels lanzaran el Manifiesto comunista de 1848 había dado su voz de alerta. El comunismo va contra la ley natural y la sociedad humana decía Pío IX en su encíclica "Qui Pluribus" de 9 de noviembre de 1846. De modo que no pudo decirse que la condenación del Manifiesto Comunista en 1849 podía sorprenderles. Pío IX era así el primer hombre del mundo que reconoció al comunismo como esencialmente malo.

Pío XI dedicó a la reputación del comunismo ateo, una encíclica completa: Divini Redemptoris, magistral documento de cuya lógica no podrá escaparse jamás el marxismo.

Pío XII fué más allá aún, si cabe, al aprobar la decisión del Santo Oficio el año de 1949. Taxativamente queda establecida la posición de la Iglesia:

a) Los que profesan y quieren realizar las doctrinas materialistas y anti-

rreligiosas del comunismo están condenados con la más grave censura eclesiástica. Están excomulgados ipso facto con una durísima excomunión cuya absolución está reservada "de modo especial" a la Santa Sede.

b) Es ilícita toda afiliación al partido comunista de manera que los afiliados deben ser excluidos de los sacramentos como públicos pecadores.

c) Es ilícito publicar, difundir o leer libros, diarios u hojas volantes que propaguen el comunismo. Más aún, la Santa Sede considera tan intrínsecamente mala la cooperación con el comunismo, que declara ilícito colaborar con los periódicos comunistas aunque sea por medio de artículos doctrinales, literarios o simples crónicas deportivas. Sólo se podría hacer esto último cuando existiendo una causa razonable, la autoridad eclesiástica lo aprobara.

Quienes consciente y libremente cooperan en esta forma con el comunismo, favoreciendo sus publicaciones, o con acciones más graves como sería la difusión de su doctrina, deben ser separados de los Sacramentos. Hemos dicho consciente y libremente porque hay más de un incauto que inconscientemente ayuda al comunismo o que de una u otra forma son coaccionados para prestar esta cooperación. En este caso, evitado el escándalo y daño público podría el Sacerdote otorgar los Sacramentos guiándose según las reglas de prudencia pastoral.

Actitud práctica frente al Comunismo:

A más de uno podrá parecer esta inequívoca actitud doctrinal de la Iglesia, demasiado bien en la teoría; pero quizás demasiado aislada del momento actual de "unidad política".

Habrá quien sienta hervir su sangre ante la falsía comunista y se alarme ante la gravedad del peligro que representan. El comunismo es un reto a los creyentes y principalmente a los cristianos y un reto a los valientes y audaces suele ser seguido por el aprestarse a la batalla. Si los comunistas quieren aniquilarnos por la fuerza, nosotros hagámoslo ahora, se dice, cuando los tenemos en la mano.

Esta posición es simplemente traición a la civilización y a la caridad cristiana.

Pero si la defensa de la fe está complicada con el miedo ciego de perder

posiciones y prestigio de clase, es estúpidamente anticatólica.

Algún ingenuo podrá querer constituir con los comunistas un frente político único. La historia tantas veces repetida del control comunista desde dentro o fuera en esos frentes, y sobre todo la ruptura que ellos harán un día para su provecho, nos desaconsejan esa unión. Aceptarla sería ser víctima de incurables ilusiones y nos hará reos del crimen de patria de entregar al pueblo a la hegemonía extranjerizante del marxista o a la discordia civil más sangrienta. Jacques Maritain en su libro "Cristianismo y Democracia" conceptúa esta postura de unión en un frente político único como "una traición, pues por una parte da un pretexto y un estímulo a la primera actitud, y por otra, sacrifica el porvenir de la civilización al cuidado de obtener en la lucha política un éxito más rápido, en realidad efímero".

Cabría por último una actitud de vigilancia autónoma y decidida. Si la resolución que se toma en la hora actual es la de permitir el funcionamiento del partido comunista, nosotros los católicos tenemos que contar con su existencia frente a nosotros.

La frase eternamente luminosa de San Agustín debe guiarnos "Amor a los hombres, odio al error". No cabe duda que debemos a Dios y a la Patria

una batalla sin cuartel contra el comunismo. Pero como los comunistas, no son el comunismo, a ellos debemos atraerlos con la caridad y con la sinceridad de nuestros esfuerzos.

Nosotros los católicos plenamente resueltos en favor de la justicia social y a los cambios que ella exige; nosotros decididos a terminar con la hegemonía del dinero; nosotros hechos ejecutores de una mejor distribución de las riquezas; nosotros cumplidores del mensaje revolucionario de las encíclicas papales, venceremos sin duda al comunismo.

Cuando se trata de limar asperezas para no herir a nadie hay que poner la verdad sobre todo. El herir forma parte de la naturaleza de la misma verdad. Es a la caridad a quien corresponde hacer que esas heridas no se infecten. El católico debe profesar para con el comunista el amor más sincero y guardar todas las condescendencias. Pero hay algo que no puede consentir: el menosprecio de la verdad que defiende. De nada sirve la apología de la mosca ante el vinagre o la miel, ya que la verdad no necesita artimañas.

La verdad católica no es un marxismo bautizado, sino algo inmensamente superior. No es como el comunismo una mentira con espejismo de verdadera solución a los problemas sociales.

HERMANN GONZALEZ OROPESA, S. J.

